

Jose Emilio Pacheco



Idilio

Con aire de fatiga entraba el mar
en el desfiladero.

El viento helado
arrasaba la nieve de las montañas.

Y tú

parecías un brote de primavera,
anticipo

de la vida bullente bajo los hielos,
calor

para la tierra muerta,
cauterio

de su corteza ensangrentada.

Me enseñaste los nombres de las aves,
la edad

de los pinos invulnerables,
la hora

en que suben y bajan las mareas.

En la diafanidad de la mañana
se borraban las penas,

la nostalgia
del extranjero,

el rumor
de guerras y desastres.

El mundo

volvía a ser un jardín
que repoblaban

los primeros fantasmas,
una página en blanco,

una vasija
en donde sólo cupo
aquel instante.

El mar latía.

En tus ojos
se anulaban los siglos,
la miseria
que llamamos historia,
el horror
que agazapa su insidia en el futuro.

El viento

era otra vez la libertad
que el hombre
ha intentado apresar en las banderas.

Como un tañido funerario entró
hasta el bosque un olor de muerte.

Las aguas
se mancharon de lodo y de veneno.

Guardianes
llegaron a ahuyentarnos.

Sin haber reparado en ello
pisábamos

los terrenos prohibidos
de la fábrica atroz

en que elaboran
defoliador

y gas paralizante.

